

jetiva e intensamente dramática; y esta «Cecilia», tan fresca, tan colmada de claro y delicado sentimiento, como un cuenco de agua cogida en el estero de Rari. Pero el agua, por clara, es sutil; y «Cecilia», con su transparencia y su fluidez—que nos hace sorberla, sin respirar, en un trago largo de emoción nos deja en el paladar una sensación lograda de realidad y en el espíritu un poco de tristeza. Lo bello es así.

Inútil es observar en ella algunos pequeños defectos e incongruencias: están dentro del tono y de la forma, que no la deforman ni desentonan. Y acaso le dan más natural sabor y consistencia a esta agua, que no es agua destilada. ¡Cuánta más significación humana tiene para nosotros esta pequeña Cecilia vernácula y medular, que tanta figura convencional acicalada por invertebrados refinamientos o procedimientos literarios!

Y para nuestra pequeña y auténtica literatura.—GMO.
KOENENKAMPF.

CINCO POETAS. Ensayos, por *Norberto Pinilla*

En corrillos de escritores, y alguna que otra vez en artículos de periódicos o revistas, se ha dicho que en Chile no ha habido otro crítico literario que el francés Emilio Vaisse, avendado largos años entre nosotros. Y aunque ese sacerdote católico no sentía la obra de arte en su belleza pura, fué, en buenas cuentas, orientador inteligente, y más de un beneficio deben a su cultura y su afán de lector la poesía y la novela chilenas.

Si no ha habido, en realidad, críticos de renombre, como Zun Felde, en Uruguay, y Diez Canedo, en España, tenemos gente porfiada y tenaz en lo de juzgar la obra ajena. Y por algo se comienza.

Este libro de Norberto Pinilla se acerca, más que todo lo

hecho por otros hasta hoy, a lo que es la crítica verdadera: interpretación subjetiva.

Cinco poetas, (1), tres de ellos de nombradía universal: Gibrán Jalil Gibrán, Federico García Lorca y Julio Herrera y Reissig, y dos de cierto renombre entre nosotros, Julio Vicuña Cifuentes y Carlos Mondaca, hacen el volumen recientemente aparecido.

El ensayo sobre García Lorca es el más logrado y el que pone más en evidencia el espíritu crítico de Pinilla. Señala algunas de las fuentes en que bebiera el granadino—discutible la influencia de Juan Ramón Jiménez, que él apunta como una de las más ciertas—pero no hace el necesario hincapié en el verdadero saqueo que perpetrara en la obra de Góngora el autor del «Romancero gitano».

En la página que destina a juzgar lo que menos vale de García Lorca, su «Poeta en Nueva York», pretende justificar lo injustificable con estas líneas rotundas y dogmáticas: «Una poesía que se nutre de la vida consciente e inconsciente tiene que ser abstrusa y compleja».

No es Pinilla el primero en afirmar que la poesía de vanguardia—así la llaman «ellos»—es difícil de comprender y de sentir por la grandeza ideológica y emocional que encierra. Hay cierto temor de decir que es sólo un intento de mistificación, una superchería frustrada, ceñida a recetas en que la imagen sin sentido se prescribe a grandes dosis, y en que la armonía y el ritmo son desterrados obligatorios. Una cosa es poesía, la eterna, y otra cosa, y precisa, el disparate majadero con que se pretende asustar y sólo se consigue hacer reír.

Creemos que Pinilla, como muchos antes que él, ha querido darse una explicación para aceptar lo que no admira ni entiende. Es tan cómodo decirse: «Esto es raro y difícil; está fuera de mis alcances, y debe de ser cosa de maravilla». Pero

(1) Editorial M. Barros Borgoño.—Santiago, 1937.

más honrado nos parece llamar necesidad a lo que tiene la marca indudable.

Las páginas en que Pinilla estudia la obra poética de Vicuña Cifuentes nos parecen las escritas con mayor simpatía, y en ellas aparece el autor de «Cosecha de otoño» con el justo relieve de un medallón bien esculpido.

Nos llama la atención que al juzgar a Mondaca le añada por su cuenta y riesgo un nombre con que el poeta nunca se firmara: Roberto. En las letras chilenas, sólo existe Carlos Mondaca, y suena a cosa inusitada un juicio crítico sobre Carlos Roberto Mondaca. Así como esta vez le ha dado a Pinilla por añadir un nombre, que no le venga mañana el deseo de la eliminación, y nos haga una semblanza crítica de Pedro González, suprimiendo el Antonio al mediocre autor de «Ritmos».

Del poeta de «Recogimiento» nos dice Pinilla palabras muy certeras, y el místico-incrédulo que fué Mondaca aparece en toda su significación dentro de la lírica chilena. Pensamos que el crítico ha sufrido una paralogización del buen gusto cuando afirma que es bellísimo el poema «Al asno», una de las cosas más detestables que se hayan escrito en Chile. Pero nos da, en cambio, sobre la «Elegía civil», el elogio que todavía estaba sin decirse.

El entusiasmo que manifiesta al hablar de la riqueza verbal de Herrera y Reissig nos explica su cariño al vocablo estrambótico, y a veces de mal gusto. Se deleita hablándonos de «loquez», «personas criteriosas», «contenidos existenciales», «otrosí», «foráneo», «hondón», «no embargante», y otros giros y vocablos que aparecen en artificial postura dentro de su estilo.

Ya se convencerá Pinilla de que la riqueza de un estilo no está en media docena de palabras desusadas por el común de los mortales, sino en la construcción de la frase y en esa «música interna», de que habló alguien. Por aparecer castizo, se suele caer fácilmente en la pedantería.—C. P. S..